

Mujeres de la tierra lagunera

Sobre sus vidas,
conquistas y sueños



Mujeres de la tierra lagunera

Sobre sus vidas, conquistas y sueños



SAN CRISTÓBAL DE
LA LAGUNA



LA LAGUNA
RURAL Y PESQUERA

Mujeres de la tierra lagunera

Sobre sus vidas, conquistas y sueños



Mujeres de la tierra lagunera
Sobre sus vidas, conquistas y sueños

Edita

Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna
Concejalía de Desarrollo Rural, Agricultura,
Ganadería y Pesca

Coordinación editorial

Josué Ramos Martín
Esther Nogal

Textos y entrevistas

© Miriam Botanz Guimerá

Ilustraciones, diseño gráfico y maquetación

© Mauro Sánchez

Fotografías realizadas durante el proyecto

© Gabriela Mailet

Depósito legal:

TF 540-2022

1ª edición: octubre de 2022
© Todos los derechos reservados

Índice

Saluda	11
Introducción y agradecimientos	13
Justificación	17
Mujeres de la tierra lagunera. Relatos	21
Juana Ramos Rodríguez	23
María Concepción de la Rosa Suárez	27
María Luisa García Barreto	31
Dominga Donatila Martín Barrios	35
María Felisa León Santana	39
Juana Alonso Fernández	43
María del Carmen Afonso Martín	47
María Mercedes Herrera González	51
Montserrat Rodríguez Felipe	55
María Luz Díaz Rojas	59
Carmen Rosado Díaz	63
Sotera Ramos Ramos	67
Rosalía González Herrera	71
María Dolores Ramos Álvarez	75
Benicia Zamora Padrón	79
Juana Marrero Melián	83
Eufemia Alonso Ramos	87
Susana María Díaz Pérez	91
Cristina Concepción Martínez Rodríguez	95
Mercedes Morales Álvarez	99
Carmen Mercedes Pérez Ledesma	103
María del Pilar González Rodríguez	107
María Candelaria Rodríguez Suarez	111
Iballe González González	115
Melania Báez Peña	119



«Mujeres de la tierra lagunera» quiere ser un más que merecido homenaje y una muestra de reconocimiento a la lucha silenciosa e infatigable que, generación tras generación, la mujer de nuestro medio rural ha realizado para sacar adelante sus proyectos vitales.

Con el tesón y la entereza que da el contacto diario con la tierra, esta publicación recoge valiosísimos testimonios de mujeres fuertes, cuyas «vidas, conquistas y sueños» (como reza el subtítulo), merecen permanecer en el recuerdo, porque son un ejemplo extraordinario de constancia y superación.

Desde el gobierno de La Laguna llevamos años reivindicando el valor y las posibilidades que ofrece nuestro medio rural, y ahí el protagonismo de la mujer tiene que ser decisivo. Este libro deja entrever un relevo generacional que invita al optimismo.

A todas estas mujeres (y a otras muchas que no aparecen aquí, pero están en nuestro pensamiento) quiero trasladarles mi más sincero agradecimiento, porque su labor es un estímulo para toda la sociedad. Este libro es una pequeña muestra de gratitud.

Luis Yeray Gutiérrez Pérez
Alcalde de San Cristóbal de La Laguna



Introducción y agradecimientos

El municipio de La Laguna guarda cientos de historias de mujeres que han desempeñado un papel primordial en el medio rural, dentro de una amplia diversidad de paisajes y de realidades.

La mujer rural, que en numerosos casos ha sufrido una injusta invisibilización histórica, es un ejemplo de carisma, fortaleza y esfuerzo. Una mujer sabia que se relaciona con el medio ambiente con un profundo sentido de respeto y de gratitud. Algunas de ellas encuentran así la conexión y la verdad que necesitan. Nos enseñan a través de sus experiencias que, al igual que en cualquier relación, debemos cuidar nuestro vínculo con el Planeta para mantenerlo con vida. Por estas razones y muchas más, que se descubren a continuación, se hace necesario reivindicar a estas mujeres, reconocerlas y reclamar un futuro mejor.

En busca de dar la importancia merecida que esconden estas tierras hemos preguntado a nuestras madres, a nuestras abuelas y a nuestras hermanas sobre sus historias de vida en este municipio. Sus respuestas nos descubren que algunas han tenido que hacer frente a las barreras estructurales y a las normas sociales en una época de cambios tan extraordinarios para las mujeres como son los siglos XX y principios del XXI.

Aunque se aprecian aún ciertas barreras sociales que dificultan la completa realización de las mujeres en el triple ámbito, familiar, social y profesional, hay que tener en cuenta que se parte de un pasado donde necesitaban un permiso marital para realizar cualquier actividad económica, incluido tener un empleo, propiedades o viajar fuera del país.

A través de estos 25 relatos tan impactantes como enérgicos, se rinde un homenaje a la fortaleza de estas mujeres que celebran la belleza de las cosas sencillas. Citas que despliegan recuerdos que se revelan sin prisa alguna. Aquí ellas son siempre las que tienen voz, las que desde este

diálogo construyen, a través de la memoria y de las sensaciones más diversas, ese mundo exterior donde lo masculino aparece con claridad y el orden social importa.

Hablan de escenarios cuya sustancia fundamental es el duro trabajo, y también de la muerte como una continua presencia, ofreciendo una visión de la vida en el campo realista. Periodos sin descanso donde no existe la frase: «No puedo». Esta publicación pretende ser un altavoz para estas féminas, que en muchos casos no disponen de espacios para transmitir sus experiencias.

Es un regalo para las generaciones actuales que habitan en este lugar poder conocer a las protagonistas de estas historias, inspirarse de su fuerza y de su poder, y reconocer que sin ellas ahora no podrían contar con mucho de lo que tienen. Es necesario aprender a mirar y a transmitir, a preguntar a nuestras abuelas y a nuestras madres, y dar importancia a las historias que nos rodean y a la tierra que pisamos. En conclusión, permitir a los niños y a las niñas habitar en un lugar lleno de raíces y patrimonio creando un vínculo con el pasado.

Solo queda expresar nuestro agradecimiento a cada una de las mujeres que han participado en este libro. Las cuales se nombran a continuación ordenadas de mayor a menor edad, inaugurando la lista Juana de Chinamada, que acaba de cumplir 102 años. Muchísimas gracias a todas, ha sido un honor conocerlas y compartir su historia.

Juana, Conchita, Luisa, Donatila, Chicha, Juanita, María, Tía Nena, Montse, Mariluz, Carmen, Sotera, Rosalía, Lole, Beni, Juani, Eufemia, Susana, Conchi, Mercedes, Mency, Pilar, Candelaria, Iballa y Melania.







Justificación

El ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna a través de su concejalía de Desarrollo Rural, Agricultura, Ganadería y Pesca ha impulsado este proyecto que abarca conceptos como mujer rural, medio ambiente, empoderamiento femenino, igualdad, defensa del territorio y raíces. Una estrategia enfocada en visibilizar la aportación de las mujeres rurales, hoy y en el pasado, que permite posicionarlas como piezas claves en nuestra sociedad, creando un mundo más igualitario.

Un proyecto que se ha marcado como objetivo poner en valor a estas mujeres que, de forma anónima, han contribuido y contribuyen con su trabajo, tanto dentro como fuera del hogar, al sostén de las familias en el campo.

Para reflexionar sobre el presente es preciso conocer el pasado y cómo ha variado en el último siglo, buscando arraigar la población en los pueblos y lograr el necesario rejuvenecimiento del entorno rural, favorecer su presencia en la actividad agraria y fomentar la diversificación económica en el medio rural con especial incidencia en el potencial femenino.

El envejecimiento de la población en las zonas rurales y la progresiva pérdida de habitantes en los pueblos más pequeños en favor de las zonas urbanas se ha convertido en uno de los principales retos a la hora de garantizar un relevo generacional que asegure el futuro del territorio. Es por ello que herramientas como esta publicación se hacen tan necesarias al construir vínculos con las anteriores generaciones.

Hay que destacar que la realidad en el campo está cambiando en algunos aspectos, por ejemplo, en el pasado las zonas rurales solo ofrecían empleos agrícolas o ganaderos y de una baja cualificación. En la actualidad, sin embargo, el campo proporciona salidas laborales a personas con formaciones académicas en muchos casos con niveles altos de exigencia. Siendo precisamente personal cualificado el que hace falta. El perfil de la nueva generación de jóvenes rurales es de personas emprendedoras, con formación y muy cercanas al medio urbano. Bajo este



prisma las zonas rurales son nuevos yacimientos de empleo que precisan de mano de obra cualificada.

La mujer del municipio de La Laguna es una agente de transformación cuya enorme contribución en el pasado ha sido invisibilizada. En la mayoría de los casos con una carga excesiva de actividades de cuidado sin remuneración, ni reconocimiento, expuesta a padecer mayores desigualdades y violencias con una valoración social menor que la del hombre. Consideramos a las vecinas de La Laguna que han sido entrevistadas como origen de la transmisión de una sabiduría que perdurará en el tiempo, merecedoras todas del más sincero de los reconocimientos, hoy y todos los días.

Por último, dentro de la Agenda 2030 de las Naciones Unidas, lograr la igualdad de género y empoderar a todas las mujeres y las niñas es el Objetivo de Desarrollo Sostenible 5 (ODS), un elemento esencial de todas las dimensiones del desarrollo inclusivo y sostenible. Este ODS también forma parte de todos los demás objetivos en los que se reconoce específicamente que la igualdad de género y el fomento de la autonomía de las mujeres son tanto un objetivo como parte de la solución.





Mujeres de la tierra lagunera

Relatos





Juana Ramos Rodríguez (Carmen), 102 años.

CHINAMADA | DEDICACIÓN: QUESERA

Juana se abraza mientras habla, dice que es porque está cansada, ¡anoche no durmió nada!, por eso ya avisó a su gente de Chinamada que hoy no podrá ir a bailar. Ella afirma que lo que más le gusta en la vida es bailar y cantar.

Juana acaba de cumplir 102 años en septiembre y hasta hace unos meses vivía sola, ahora reside con su sobrina y más familiares. Siempre sonrío, baila, es presumida y también muy feliz. Sobre todo, es un honor estar en su compañía.

«Nací en Chinamada, mi madre, mi padre, mis hermanos, vivos 5. Ahora he ido quedando yo... quedo yo. Teníamos vacas y teníamos cabras, yo hacía hasta 10 kilos de queso por día, lo menos... De eso vivíamos nosotros. —¿Vendían el queso? —¡Pues no! Yo lo llevaba hasta La Laguna, dir con la cesta cuando no teníamos carreteras, tun, tun, tun, pa'rrriba, pa Punta de Hidalgo también. Ahora lo tiene arreglado Medio Ambiente, pero iban a vender p'allá abajo, la cesta la cabeza, mija. ¡Todo se cargaba porque no había carretera! [...] nosotros era venderla, quien cambiaba algo era las punteras que venían con pescado y lo cambiaban por papas, en ese entonces subían también por leña».

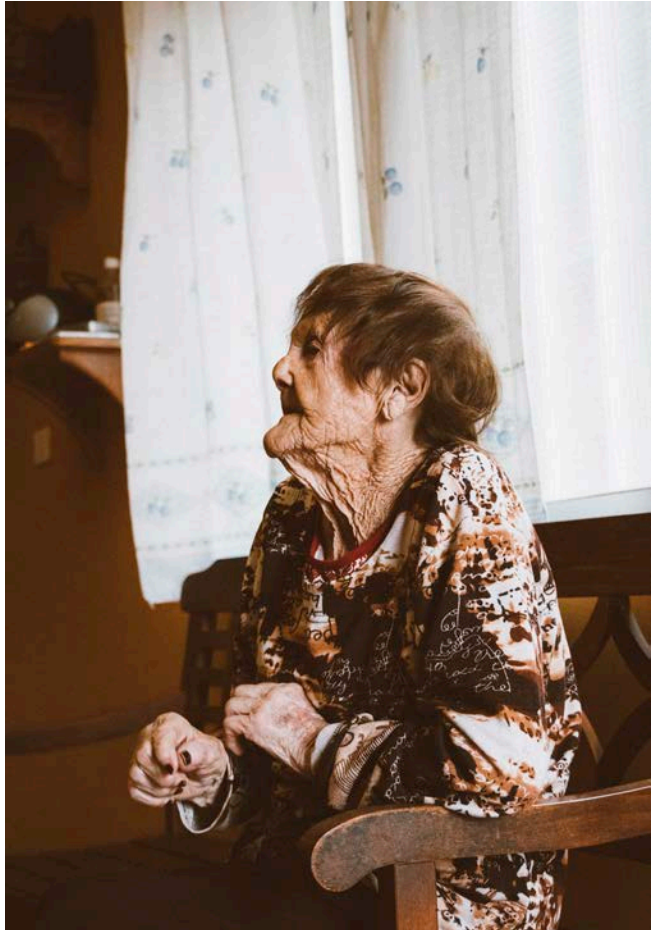
Juana siempre trabajó, siempre había mucho que hacer en el campo. Y con casi 40 años se casó, fue entonces cuando descubrió que se llamaba Carmen, como tantos nombres escritos en caja de fósforos que nunca llegaban exactos a los registros municipales.

«No tuvimos hijos, no, ¡porque yo no quería! y, ¿quién me hace las cosas? Alejandro sí quería un niño, él sí. Yo no quería, no quería, ¿quién hace el queso?, ¿quién lo lleva?».



Juana tenía mucho que hacer, cortar cisco, lavar ropa, hacer queso, cargar agua con la lata en la cabeza, plantar, cosechar, también trillar, además, bailar y cantar. Quizá esos fueron sus secretos para que hoy, a sus 102 años, esté tan radiante.







María Concepción de la Rosa Suárez (Conchita), 84 años.

PUNTA DEL HIDALGO | DEDICACIÓN: MAESTRA

Conchita tiene 84 años, vive en el Homicián, puntera de toda la vida. En su casa tiene las mejores vistas, el faro, el mar, las fincas, las rocas. Este barrio es el más alto de Punta del Hidalgo, carretera empinada que controla sin descanso todo lo que pasa debajo. Conchita, hija única de madre soltera, todavía recuerda a las lavanderas, también cómo había que ir a buscar agua para llevar a su casa, su escuela... y cómo a los 17 años perdió a su madre y, durante un tiempo, también las ganas de estudiar y evolucionar. Con el apoyo cercano estudió magisterio, se presentó a las oposiciones y consiguió plaza en el colegio de La Punta, donde estuvo durante más de 30 años.

«Me presenté 3 veces a las oposiciones de Magisterio. Las oposiciones eran siempre en junio y yo daba luz en agosto, siempre fui con los pipotes, siempre. El Tribunal ¡menos mal que cambiaba! si no me hubieran llamado “la repetida” [...] después cuando la saqué ya tenía 3 niños».

Conchita se casó a los 22 años, su marido trabajó de maestro igual que ella. Cuenta que para ellos casarse fue una forma de alcanzar la libertad para poder ir a cualquier lado sin sentirse observados. Además, Conchita y Pepe se querían mucho, ella se siente muy afortunada de la vida que tuvo.

«La verdad que me han venido las cosas que yo he querido, el marido, la mayor suerte que tuve... Sí, fuimos muy felices [...] en los 62 años que vivimos juntos. Y me dices, ¿tengo que reprocharle algo? nada, ¡nada!, a lo mejor él sí, si él viviera y le preguntaras...».







María Luisa García Barreto, 84 años.

CASCO HISTÓRICO DE LA LAGUNA | DEDICACIÓN: AMA DE CASA
Y AHORA PINTORA

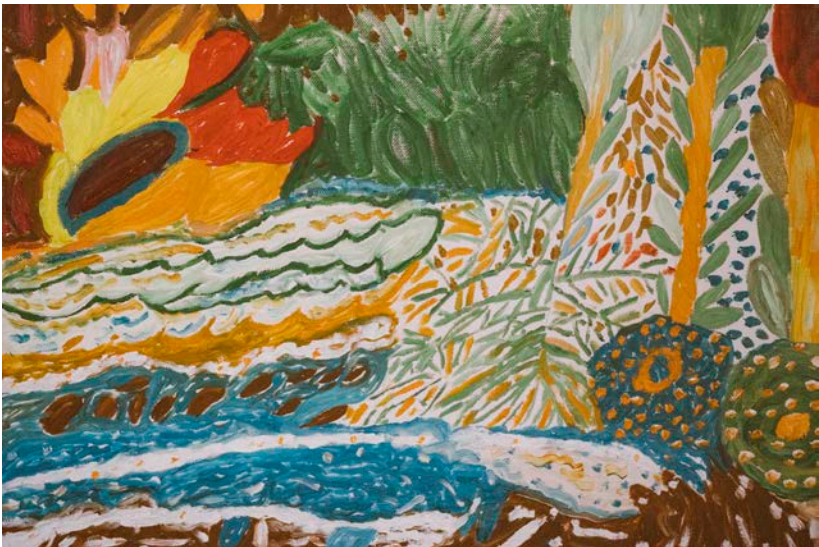
Luisa seguramente no era la única que quería sentirse libre. En la sociedad de aquella época lo común era que las mujeres no decidieran lo que querían hacer, se imponían sus tareas y sus expectativas.

«¡A mí me hubiera gustado ser libre! ¡Yo era libre! Cuando yo era soltera yo era libre, a pesar de todo lo que hacía, yo salía p'aca, p'allá [...]. Pero desde que me casé se fastidió todo [...]. Pero ya después me acostumbré a hacer mi vida, salir donde me daba la gana con mis hijos y ya está».

Desde los 10 años trabajó repartiendo pan por las pocas calles de piedra que tenía La Laguna, desde las 8 de la mañana hasta la 1 del mediodía. Por la tarde limpiaba, y a veces una vecina se encargaba de sus hermanos para que ella pudiera ir a estudiar. Más mayorcita quiso trabajar en la fábrica de galletas, pero:

«Trabajar fuera estaba mal visto [...] él me dijo que no, primero mi padre y luego mi marido me dijo que no. “¡Ahí no van sino pendejos!” —decían—, y eso era mentira... Era una cosa seria, si hubiera ido hubiera tenido mi retiro, hubiera tenido todo...».

Luisa ahora tiene 84 años, 3 hijas, 2 hijos, 3 nietos y una bisnieta. Pinta muy bien, tiene su casa llena de cuadros, de todos los colores, tamaños y temáticas. Son pinturas preciosas... como su mente llena de libertad.







Dominga Donatila

Martín Barrios, 84 años.

BAJAMAR | DEDICACIÓN: CUIDADORA Y POETA

Donatila lee orgullosa sus poemas. Empieza por aquel que no le dejaron que leyera en la iglesia. *Poema dedicado a las madres*, recita con voz clara y la cabeza bien alta. Su madre bajamarera, como ella, siempre vestía de negro, de duelo. Su padre murió en la guerra civil española, cuando Dominga solo tenía 11 meses.

«A orillas del río Ebro un 1 de noviembre una bala explosiva le dio en la sien, en la flor de su juventud, a sus 28 años. Mamá con 27 y una vida truncada para siempre. La responsabilidad para ella de cuidar padres e hijos, con el cariño sincero, pendiente de cada uno».

Fragmento de un poema de Donatila

Donatila, sus 2 hermanas y su hermano, requerían de mucho tiempo y dinero para una madre viuda, por eso dormían lejos, en el Hogar Escuela de Santa Cruz, porque el colegio más cercano estaba en la Punta del Hidalgo, al final de un camino. Estudió hasta los 15 años y después volvió al hogar familiar. Trabajó fuera de casa lo que *su corazón le dejó*, ya que sus problemas de salud le impidieron tener otras opciones. Entonces se ocupó de acompañar y cuidar a su madre hasta que esta falleció.

«—Y Donatila, ¿por qué no se casó? —No me hizo falta, he ido escapando yo sola. Era órdenes en el colegio, órdenes en mi casa, digo, ¡yo no quiero más órdenes! Me he movido yo sola, me arreglé mis papeles y todo, —afirma con sonrisa orgullosa mientras busca el siguiente poema para leer—».







María Felisa León Santana (Chicha), 80 años.

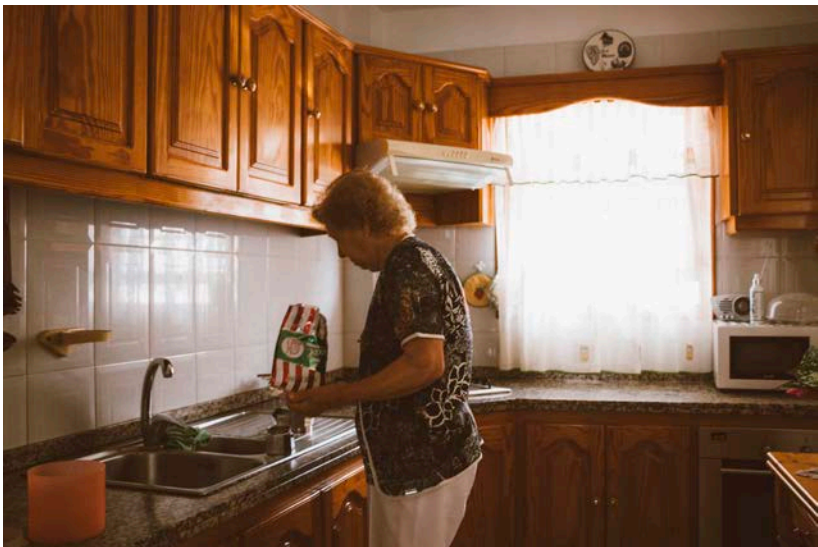
VALLE DE GUERRA | DEDICACIÓN: JORNALERA

Chicha, mujer rubita, de presencia firme e ideas claras. Lo primero que cuenta es cómo luchó para que no le quitaran sus tierras. Después habla de su vida, hija de madre soltera, tuvo una hermana con epilepsia, a la que cuidó mucho tiempo hasta que murió joven. Trabajó de jornalera, con los plátanos, el algodón, los tomates y, también, el tabaco. El tabaco era lo que menos le gustaba, por el olor fuerte en esos salones. Chicha todavía tiene la huertita de la tierra.

«Yo estoy trabajando desde que tenía 9 años, fui a una casa [...] para cuidar un bebé [...] pero ellos tenían una venta. Las ventas donde las mujeres compraban por aquí y los hombres bebían por el otro lado. Yo fui a cuidar a un niño, después no cuidé niño, sino fregar y barrer y todo lo que podía porque... ¡yo era una niña! Estuve hasta los 14 años».

Chicha adora la tierra, las huertas y la naturaleza. No entiende la vida sin el canto del gallo al amanecer, cuenta que si te concentras te sirve de arrorró, y que lo elegiría una y mil veces.

«Nosotros lo veíamos así, es parte de nuestra vida, nosotros necesitamos unos alimentos de donde salen, ¿de máquinas?, ¡no!, salen de la tierra. Y yo siempre he añorado mi Valle de Guerra, Dios mío de mi vida, que por donde quiera que fueras era todo verde y todo trabajado, y las épocas de las papas, todo papas, o las plataneras... ¡Verdaderas maravillas! Y ahora es que no hay nada, solo está el rabo de gato ese por todos lados, es lo único que hay, de más, ¡no hay nada!».







Juana Alonso Fernández, 80 años.

LAS CANTERAS | DEDICACIÓN: LECHERA

Juana ejemplifica lo que sucedía, en épocas pasadas, cuando uno de los progenitores fallecía prematuramente. La solución para ambos casos era que los hijos y las hijas asumieran las tareas del campo y las niñas las domésticas. A muchas la vida les cambiaba radicalmente cuando su padre o madre fallecía. No había tiempo para estudiar, ni para aprender, ni para jugar.

«Trabajábamos demasiado, demasiado porque, ¡desde chiquititos como petudos! Porque mi madre se queó viuda. Cuando mi padre se murió, yo iba pa 4 años, otro de 2 y medio y mi hermana iba pa 8. Pero mi madre se vio cerca 4 meses con 3 enfermos, con el tifus los 3 [...]. Y entonces, mi padre se murió y quedó mi hermana y mi madre, entonces mi madre pues luchando porque antes no había seguro ni nada, sino trabajando. Mi madre era lechera y tenían vacas y eso... Trabajando como petudos, mi niña...».

Juana era muy niña cuando empezó a trabajar. En su casa se levantaban a las 5 de la mañana para coger la leche, a las 8 ya estaban saliendo en guagua a Santa Cruz. Empezaban en el barrio de Salud y terminaban al final de la avenida de Anaga, este trayecto lo hacían caminando cargadas con la leche. Cuando volvían a casa, almorzaban y volvían a trabajar la tierra hasta que oscurecía. Entonces tocaba hacer labores de la casa hasta las 10 de la noche, hora en la que podían ir a dormir. Todo eso, día a día, año tras año.

Juana ya tiene 80 años, es viuda, sigue despertándose a las 5 de la mañana, desayuna leche con gofio, da de comer a los animales y sale a trabajar en el campo. La puedes encontrar con sus trencitas caminando por La Laguna los domingos, después de misa, para coger su furgón. «¿Qué sí conduzco yo? ¡Pues claro, mi niña! Que vas, ¿a molestar? No se puede depender de ¡nadie!».







María del Carmen

Afonso Martín, 79 años.

JARDINA | DEDICACIÓN: GANGOCHERA

La vida de María es difícil de resumir en unas pocas líneas. En su historia se cuentan otras muchas historias de las mujeres campesinas.

«La tierra no es que era nuestra, o se arrendaba o era de medias, los más ricos daban la tierra de medias, entonces la trabajabas. Si se cogían 10 sacos de papas pues 5 eran pa él y 5 pa'l que la trabajaba. Nosotros vivimos así, con terrenos de medias. Estábamos todo el día trabajando [...] te sacaban el alma...».

Empezó a trabajar antes de los 7 años, lo recuerda muy bien porque su padre le hizo un sachito pequeño para que pudiera ayudar. También tenía otras obligaciones. En un día normal bajaba desde Jardina andando por su burrito hasta La Laguna, siguiendo el curso recto del camino de barro, llegaba a la antigua calle Los Álamos y aparcaba en el Palacio de Lercaro. A las 12 del mediodía sus tías volvían con la ropa para lavar, los restos de comida que les daban algunas casas para los cochinos y vuelta para arriba, así cada día. A los 9 años aún no le habían regalado sus primeros zapatos.

A los 15 conoció a su marido, a los 20 se casó y a los 23 se quedó viuda con 2 hijos, sus 2 tías y su madre a su cargo. Trabajó en todo lo que pudo y consiguió ahorrar para comprarse un furgón, aunque no tuviera carné de conducir.

«Vendía higos picos en Valle de Guerra, de abajo traía plátanos, calabazas... Traía el furgón lleno pa venderlo p'aquí. Vino de Taganana, garrafón grande de vino iba pa'l Cardonal, que ahí había mucho gomero, ahí vendía mucho vino, compraba un garrafón de Taganana, después compraba otro de la península y lo mezclaba y se los vendía, ¡qué quieres que te diga! —risas— y después tuve la gran suerte de entrar a trabajar en el hospital».



Consiguió sacar a toda su familia adelante, pero se le quedó un lema o una promesa:

«Yo pa mis hijos que no quería que aprendieran nada del campo, no quería nada, nada, ni que lo pisaran... porque donde tanto había uno pasado... Lo que quería es que estudiaran.»





María Mercedes Herrera González (Tía Nena), 76 años.

LA BARRANQUERA | DEDICACIÓN: VENDEDORA DE PESCADO

Tía Nena nació en una cueva. En uno de esos huecos naturales en las paredes volcánicas de las Islas. La de ella estaba muy cerca del mar donde el sonido se convierte en ruido. A veces se da un fenómeno marítimo que se llama *mar de leva* que se refiere a un aumento anormal de la altura del oleaje, produciendo que el mar llegue más lejos de lo habitual. En ese momento salitre, humedad y ruido se hace muy difícil dormir y vivir en una cueva.

«Se metió una mar de leva, me lo contaron porque éramos nosotros chiquitos. Dicen que vino la mar y se metió por la cueva pa dentro. Mi madre agarró a todos los niños del suelo, ¡ay, mis niños queridos!, y se subió sobre la cama con todos los niños agarraditos, ¡todos!».

Nena perdió a su madre de jovencita, de nuevo su destino estaba marcado. Hacerse cargo de la casa, de sus hermanos y, en este caso, también del pescado. Tenía que estar pendiente cuando llegaba su padre del mar con la pesca. Ella lo cogía, lo metía en una cesta, se la cargaba en la cabeza y caminaba desde La Barranquera hasta Tejina y a Lomo Las Rías para poder venderlo.

«Preparaba la comida a mis hermanos, que eran 2 hombres, y a mi padre, que era otro hombre como digo yo, todo [...] ya con 12 o 13 años conocí a mi marido. Un marido que lo más bonito que me dio fueron mis hijos».



Tía Nena pasó lo peor. Reconoce que no tuvo una vida fácil y menos cuando era niña. Pero no perdió el amor por la vida, la curiosidad de cada día y la ilusión de que todo siempre puede ser mejor. Ahora tiene su paz y libertad, vive en su casita de Valle de Guerra y a veces se asoma a la cueva de La Barranquera. En esa costa es muy querida. Si preguntas por ella enseguida te la presentan.





SAY
YES

TO NEW

Adventures

01/

Montserrat Rodríguez

Felipe, 76 años.

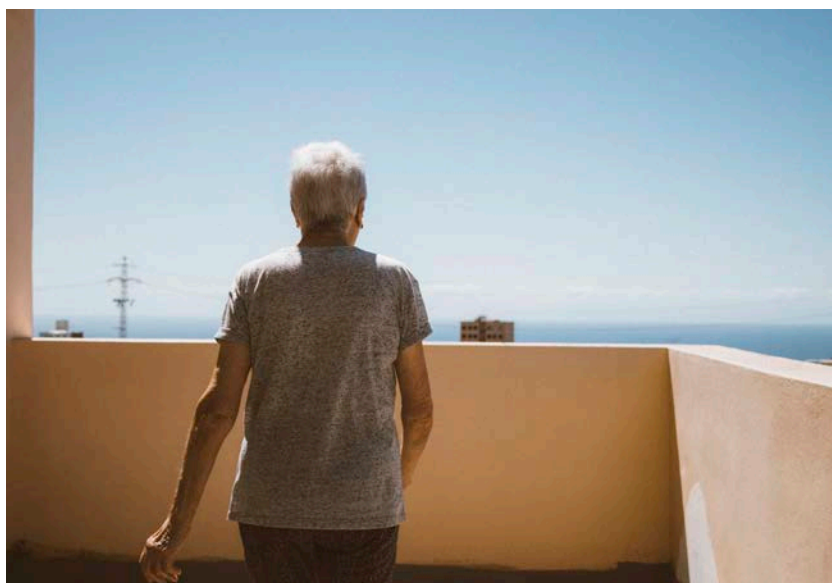
TACO | DEDICACIÓN: VENTERA DE LA LECHERÍA

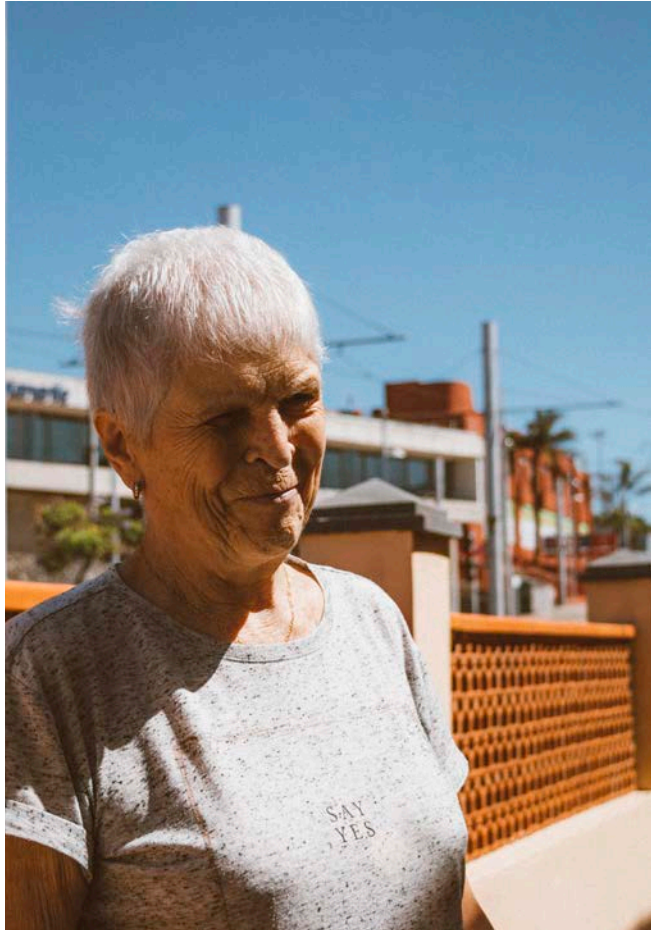
Montse es alta, delgada y muy vivaracha, llena de energía. Nació y se crio en Las Carboneras, a ella le gusta recordar cómo se arreglaban para las fiestas, o cuando tenían que ir a trillar, o los momentos en que se juntaban las mujeres para ir a lavar la ropa. Ahora vive en Taco, lleva ya muchos años en esa localidad, se instaló junto a su marido porque él poseía tierras y una producción de leche, tenían unas 30 vacas de los mejores ejemplares.

«Teníamos el cercado, él soltaba a las vacas y las ordeñaba por la tarde, y él repartía la leche y también venían a buscarla. [...] Mi marido compraba millo, paja... Venía una cuba, pero al empezar el tranvía ya las cubas no podían pasar, ni entrar, ni salir, nos cogieron un cacho aquí delante».

Mientras tuvieron la lechería ella era la ventera que despachaba, decían que la leche que vendía su marido era la de mejor calidad. A ella y a su marido, que hace pocos años falleció, les gustaba mucho viajar, iban a otras islas con el jeep acompañados de familiares. Ella recuerda y habla de su vida con amor y detalle. Hay un sueño que le quedó pendiente, trabajar en algo relacionado con la radio, como por ejemplo de locutora, aunque bien sabe que nunca es tarde.

«Cuando yo me casé, que hizo 51 años ya, en Taco se sembraba todo, se sembraba papa, alfalfa, verduras, había un aljibe ahí y se regaba... Todo esto eran huertas [...]. Había higueras, había frutales, nísperos y todas esas cosas, pero después ellos vendieron todo».







María Luz Díaz Rojas (Mariluz), 75 años.

LAS MERCEDES | DEDICACIÓN: MANDADORA DE LUCHA CANARIA

Mariluz nace en Las Mercedes, una población rural de La Laguna. Ya en su infancia se convirtió en agricultora y ganadera, además creció en un ambiente de arraigadas costumbres tradicionales. Su familia fue una apasionada de la lucha canaria, tanto que hasta prestaron una parte de su propiedad para que hicieran un terrero de lucha. Todo ello hizo que Mariluz creciera con amor y defensa de su tierra. También llegó a vivir unos años en Venezuela, como tantas personas canarias que buscaban un futuro mejor. A ella le fue bien, consiguió ahorrar dinero, además vino con una hija y su marido.

«Nos criamos con vacas, íbamos a la escuela, trabajamos con los animales, darle de comer a las vacas, a buscar hierba y después limpiar la casa. Para estudiar, primero, fuimos a casa de doña Lolita, escuela pública, después a La Laguna donde aprendí lo poco que sé».

Mariluz todavía vive en Las Mercedes, en una casa terrera rodeada de naranjos, flores y moras. Su casa está decorada con gánigos, vasijas, ídolos de Tara, resultado de su oficio de alfarera. También destacó por su compromiso con las señas de identidad canarias, formando parte del partido político independentista canario. Pero, sobre todo, fue luchadora y entrenadora de lucha canaria, concretamente en su equipo Tara, donde también luchaban su hija y su hermana.

«Mago es una palabra noble, yo no tuve ese problema, de verdad, velillo es otra cosa —risas—, de todas formas había gente pa todo, pero yo soy orgullosa de vivir en Las Mercedes, de mis raíces, ¡total!».







Carmen Rosado Díaz, 75 años.

LOS BALDÍOS | DEDICACIÓN: AGRICULTORA Y GANADERA

Carmen, de los Baldíos, se pone guapa para la entrevista y, como siempre, lleva puesta su sonrisa. Quedamos en su casa y nos sentamos en el comedor, detrás de su asiento muestra orgullosa la foto de sus 10 hijos e hijas. Cuenta que sí, que fue mucho tener 10, pero que en esa época era así, que «*Se tenía lo que venía*».

«Éramos pobres sin luz y sin agua, mi niña [...]. Cuando estalló el Teneguía, no hacía sino poquito tiempo que me había cambiado del camino de abajo, y aquí la casita vieja, aquí que mi padre me dio, que eran 3 habitaciones, fue el año que nació mi hijo José Montserrat...».

Ella siempre tuvo muchas responsabilidades pues cuidar de su descendencia, la huerta, los animales y de su marido, no fue tarea fácil. Y entre vida y trabajo recuerda fuertes fenómenos naturales, como aquel terremoto a principios de 1989 que se sintió en toda la isla de Tenerife. Carmen cuenta que fue de madrugada, mientras cuidaba a su hijita de 2 años en el hospital que se recuperaba de una complicada enfermedad.

«Y ahora otra vez, la erupción del volcán de La Palma se llevó la casita donde vivía mi hija, Verónica, y lo pasamos mal, también».

Carmen habla de una vida que ya pasó, ahora tiene las ganas para vivir otra nueva etapa, con salud y tiempo. Ganas de seguir con su huertita, recoger las papas, ver crecer el millo y jugar con sus perritos. Y sobre todo, hacer lo que más le gusta, ir a la playa de Las Teresitas con sus vecinas. Se apuntaron a la actividad del ayuntamiento que llevan a las personas mayores a la playa. Es lo mejor de su día, salir de su rutina, ponerse su bañador y batas playeras, muestra contenta las fotos de las mañanas de playa. Carmen hace lo posible para disfrutar de la vida con todas sus ganas, esperando que por fin los volcanes y terremotos ya hayan pasado.







Sotera Ramos Ramos, 74 años.

LAS CARBONERAS | DEDICACIÓN: MUCHAS COSAS, UNA DE ELLAS COCINERA

Sotera hizo y hace de todo. Es una mujer muy activa y con muchas ganas de seguir aprendiendo. Ella cuenta que tuvo una infancia muy bonita. Nació en Chinamada y revive esa época con mucho cariño. Pero a los 13 años perdió a su madre y tuvo que cuidar a sus 5 hermanos más pequeños. Eso implicaba lavar ropa, buscar agua, hacer queso, venderlo en otros pueblos, etc. Sotera, entre relato y relato siempre cuenta una receta.

«¡Hoy cocina cualquiera! Lo malo es cuando no tienes un supermercado cerca [...] y tú no tengas aceite, y tú dices: ¿Con qué me las arreglo yo?, pues ¡una cucharada de manteca!, que eso sí teníamos, con una cucharada de manteca haces un potaje de huevo, un potaje de verduras y haces de todo».

También recuerda las fiestas, se peinaban con cerveza para que se les fijara el peinado, quedando almidonado. Había otras mujeres que lo hacían con azúcar y el cabello se quedaba *tiesito*. Sotera recuerda la ocasión que a una mujer le fueron todas las moscas a la cabeza, «*Las moscas van al azúcar, cuenta entre risas con su cuñada*».

Sotera se casó con 22 años y vivió en Las Carboneras. Cuenta que lo mejor de este pueblo eran las fiestas y, el último domingo de julio, la *romería*. Hoy, Sotera acompaña su vida con su gran familia, incluida su tía Juana, de 102 años. Sigue con su entrega a tareas como ordeñar, hacer queso, potajes, etc. Además incorporó una nueva afición, la *cestería*; asiste a clases en el mismo pueblo. Pero le queda pendiente un sueño:

«¡He tenido que hacer tantas cosas! ¡Por necesidad! A mí me hubiese gustado ser matrona, partera o veterinaria, no sé si por las creencias de ayudar a mi madre a dar a luz».







INSTITUCIÓN NACIONAL DE PROMOCIÓN EDUCATIVA
COMISIÓN DE EDUCACIÓN ADULTA Y DISTRICTO
DEPARTAMENTO DE CAJAMARCA

Por cuanto

© [Name] [Address] [City]

Asistió a la [Course Name] [Duration]

Atestado a la [Date] en esta Comisión y Compendio en el Área de [Subject] para el [Level]

Este curso ha sido una actividad de [Type] [Duration]

A efecto de constancia se le expide el presente

DIPLOMA

[Signature] [Date]

[Stamp]

DIPLOMA

CURSOS DE ALEMÁN

[Name] [Address] [City]

[Signature] [Date]

[Stamp]

DIPLOMA

CURSOS DE ALEMÁN

DIPLOMA [Name] [Address] [City]

CON D.N.E. N° [Number]

[Signature] [Date]

[Stamp]

Rosalía González Herrera, 73 años.

TEJINA | DEDICACIÓN: PESCADERA

Rosalía tiene los ojos azules, aunque ella aclara que más bien son verdes, que depende de cómo les dé el sol. A su lado, su hija, también con unos grandes ojos del mismo color, dice que no es muy habitual en la gente de piel morena. Tal vez es por ser familia pescadora, del reflejo de mirar el mar.

«Éramos pobres todos. Yo empecé con 15 años a vender el pan y ganaba 500 pesetas, ¡y era un sueldo bueno, no como el de la platanera! [...] cargaba una cesta que pesaba 52 kilos y yo pesaba 43».

El marido de Rosalía pescaba, pescaban lo que podían y lo iban vendiendo con un viejo Philip Morris. Con el tiempo, al coche se sumaron 3 niñas y un niño. El más pequeño se sentaba en el asiento trasero, y la mayor tenía que ir detrás agarrando las bandejas de los pescados.

«Nosotros íbamos a comprar y nos dedicamos a ir directamente a las playas y a los muelles a buscar pescado fresco... Lo traíamos, le poníamos hielo para conservar el pescado. Entonces los traíamos a Tejina, y de Santa Cruz traíamos lo que llamábamos pescado de aire, las caballas, los chicharros, también íbamos a Candelaria a Playa San Juan, etc. Era estar botados toda la noche pa después a las 8 ponerte a vender».

Vendían puerta a puerta hasta que montaron la pescadería en Tejina. Ella despachaba por la mañana, y entre pescados y clientela conoció a varias parejas de Alemania. Rosalía cuenta que se quedó con la pena de no haber aprendido más alemán del que sabe, pero a todas las clases que hubo se apuntó.

«El señor William me trajo hasta un diccionario que lo tengo en casa, chiquito, así... venían 7 parejas de alemanes a quedarse ahí. [...] Me



gustaba el alemán y coser, también calar, escribir poesía... He tenido pocas posibilidades de hacer pero siempre ha intentado. Lo que ha estado en mi mano, lo he hecho».

Rosalía, una mujer llena de inquietudes y, sobre todo, de aptitudes. Ella es el ejemplo de la mirada curiosa a las personas extranjeras, y de ellas aprendieron, escucharon y también admiraron, con atención y respeto, fruto además del intercambio mutuo que tantas veces produce el encuentro. Rosalía es una caja de sorpresas que puedes encontrar detrás de un mostrador en una pescadería, labrando una finca o atendiendo en un hotel, personas que son mucho más de lo que suelen aparentar.





María Dolores Ramos Álvarez (Lole), 68 años.

JOVER | DEDICACIÓN: LA DE LOS RECADOS

Lole es la última hija de Marina que sigue viviendo en Jóver y ahora se convirtió en la guardiana de sus historias. Lole quiere hablar de su madre porque fue ella la que llevaba el restaurante familiar. Según dice, era la mejor cocinera y su especialidad: el arroz amarillo. Venían de todos los lados de la isla a probar esa deliciosa receta. Lole era la mejor fregando los calderos, aquellos de aluminio, los dejaba siempre relucientes.

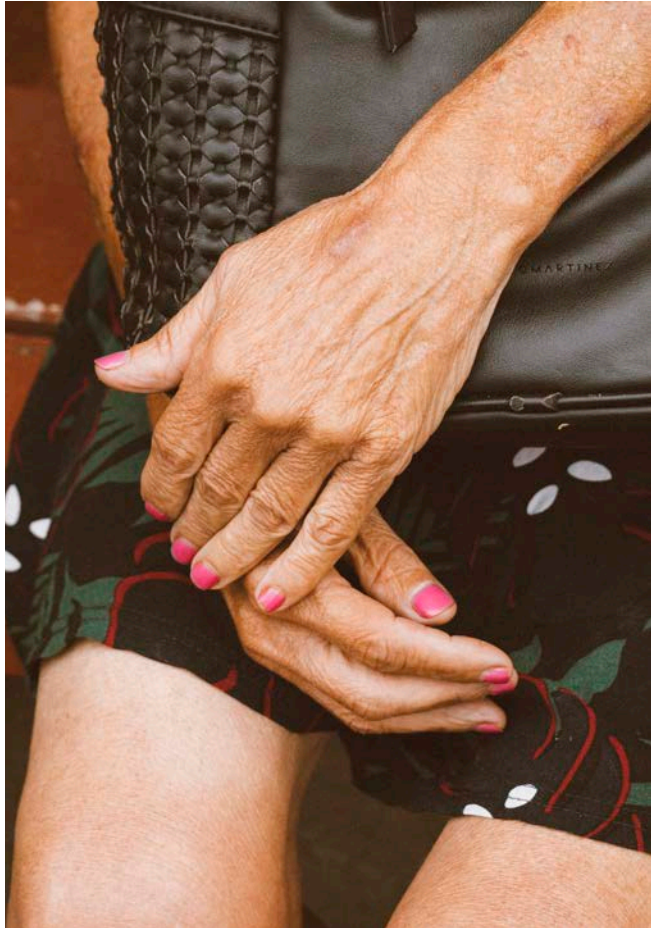
Cuando Marina vivía, mientras tenía el restaurante, también vendía o cambiaba el pescado que traía su marido. Iba a Tejina caminando y bajaba las verduras y frutas, tanto para su casa como para el negocio. Ahora, es su hija Lole la que sube y baja a Tejina caminando y comiendo sus yogures. Ella, pase lo que pase, siempre ríe.

Lole no tuvo hijos y tampoco marido. Marina sí tuvo, fueron 11, 9 vivos, y dio a luz casi siempre sola, como recuerda su hija:

«Mi madre parió con una partera y aprendió, y ella los tuvo sola, no quería que nadie estuviera con ella. Mi padre preguntaba: “¿Es pa hoy? ¡No, no!”, porque no quería que estuviera mi padre ni nada. Y... ¡Ay, Dios, que mi mujer que estaba dando a luz! Cuando llegaba mi padre, mi hermana ya había nacido, estaba bañada y en la cama. Ella estaba bien. Y después era partera de la cuñada de ellas, y era un peligro pero nunca le pasó nada, mi madre les cortaba la vida —el cordón umbilical—, mi madre lo ataba bien para que no nos fuésemos en sangre, y aquí estamos todo, a ninguno nos pasó nada».

Lole acompañó a su madre hasta el final, ahora queda ella en la costa pero no le falta nunca la risa y como siempre dice: «Las ganas de vacilar».







Benicia Zamora Padrón (Beni), 67 años.

LA CUESTA | DEDICACIÓN: ARTESANA DE ROPA DE MAGA

Beni ahora es artesana de trajes de maga, la podrás encontrar en ferias de artesanía por toda la isla. Aprendió en una actividad del centro ciudadano y, además, es la presidenta de la Asociación de mujeres de La Cuesta. Pero no siempre fue así.

«Yo nací en El Hierro, desde pequeña estaba en el campo. [...] Antes de ir a la escuela estaba con los animales, había que echarles la comida y sembrábamos, era la vida del campo [...]. Desde los 10 años íbamos a ordeñar».

Tenerife y Gran Canaria son las islas mayores, las islas capitalinas siempre han sido lugar de posibilidades para las personas de las islas menores. Beni cuenta que en El Hierro las opciones que tenían las mujeres eran trabajar la tierra y cuidar el ganado. Además, recuerda que no estaba bien visto para ellas trabajar fuera del hogar y tener su propio dinero.

«En mi juventud sí me hubiera gustado estudiar, lo que pasa que mi padre no me dejó. Porque yo era muy inteligente y la profesora siempre le decía a mi padre que me dejara estudiar porque siempre sacaba todo sobresaliente. Pero mi padre era muy machista en esa época, y decía que las mujeres no tenían que estudiar».

Solo había una opción, casarse, y mejor si era con alguien de fuera para salir de la casa y del ambiente. Su marido retornó de Venezuela, venía con ideas nuevas. Se casaron con 18 años y en seguida fueron a vivir a Tenerife, donde además encontró su liberación, por fin podía trabajar en lo que quería. No se desligó del todo de la tierra, sembraban en una finca antes de la llegada del tranvía y les cortaran el paso por donde llegaba el agua. Ella vendía en una esquina junto a la señora de las ciruelas de La Esperanza.



Y así, poco a poco, consiguió lo que soñó, que sus 3 hijos estudiaran una carrera... «Quería darles lo mejor para mis hijos, no como yo de pequeña en el campo».







STAY CONNECTED

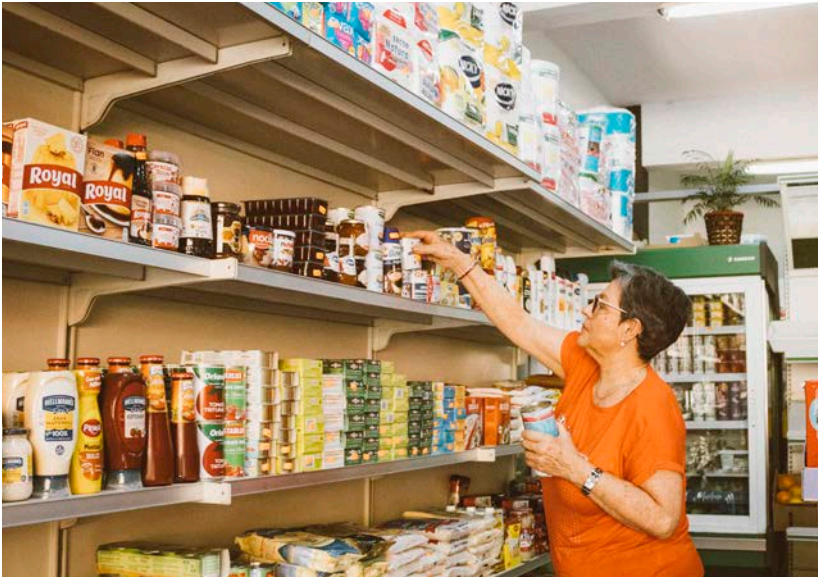
Juana Marrero Melián, (Juani), 67 años.

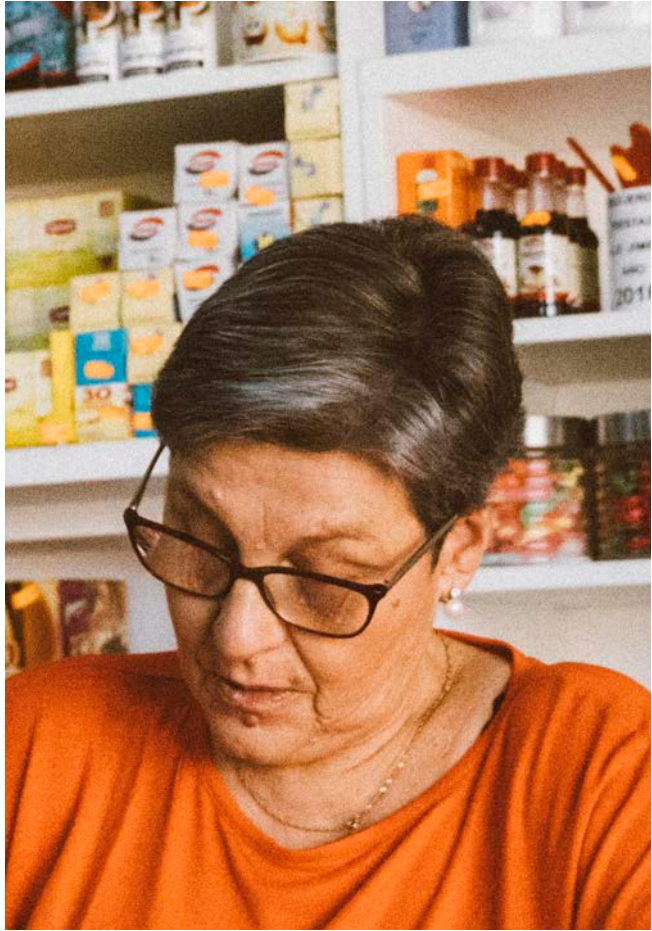
VALLE JIMÉNEZ | DEDICACIÓN: VENTERA

Juana es de Valle Jiménez de toda la vida, una *maga del valle* como grita ella con orgullo. También lo fueron su madre, su abuela y su tatarabuela. La primera montó una venta estando soltera, más tarde colocó el primer teléfono de la zona, convirtiéndose en el lugar de paso de todo el vecindario, cogían avisos y luego personalmente llevaban esa información a su destinatario o destinataria. Burritos atados a la puerta de la venta, la gente haciendo sus compras, solo lo principal, aceite, petróleo, carburo y paja para los animales.

Juana recuerda que se crio entre cajas, que la clientela la cogía en brazos, jugaba con ella. La venta era un lugar de encuentro social y también era fundamental, si alguien enfermaba tocaban en su casa para que su padre los llevara en coche al médico, o a dar a luz, eso cuando había coche, porque antes se iba en burro. Su familia contaba con una situación económica más cómoda que muchas personas del barrio, tanto que su madre pudo comprarle una rebequita. Esa rebeca sola la podía usar en casa, ella se la ponía, se miraba y se veía preciosa. Pero su madre le enseñó a que no tenía que presumir de la ropa bonita con sus vecinas. Solo sacaba la rebeca de casa cuando ella misma se las prestaba a sus amigas para que fueran guapas al médico, «*Eran otros tiempos...*».

«¿Sabes que te digo?, ¡qué los magos tenemos mucha virtud!, ¡más virtud que los de la capital! Los magos tenemos más picardía [...] la gente de Santa Cruz es más sana, por decirte algo, o de La Laguna. Los magos somos muy astutos, somos muy inteligentes».







Eufemia Alonso Ramos, 64 años.

EL BATÁN | DEDICACIÓN: COCINERA

Mujer silenciosa y reservada a primera vista, pero cercana y amable cuando la conoces. Con sus característicos ojos curiosos, cuenta que ella es de Las Carboneras y su marido es de El Batán, donde residen desde hace mucho tiempo. Viven en una casa hecha por sus propias manos, rodeada de tierras y de animales para que nunca falte de nada.

«Antes no había como hoy trabajo sino en el campo. Entonces todo el mundo tenía tierras y las cosechaba. Entonces entre los vecinos se ayudaban unos a otros para que fuera menos el trabajo [...] la tierra pasaba de generación a generación, uno no elige donde nace, ¿no? Pues eso».

Trabajó recogiendo cisco en la montaña, limpiando casas, con la tierra y la ganadería, también tuvieron un restaurante en El Batán. Ella era la cocinera, la que atendía y la que servía. Eufemia cuenta que antes las mujeres de Anaga no tenían muchas alternativas, que el trabajo principal era ayudar en el hogar, en la ganadería y en la agricultura. Para salir a trabajar fuera, la única opción que veían era la limpieza de las casas en La Laguna.

«La juventud... pues aquí no había vida, la que podíamos iba a trabajar p'allá de ama de casa, y la que no, en su casa, aquí haciendo lo del campo. Era lo que había, hoy es diferente. Lo que es la convivencia del campo era esa. Ahora ya ha cambiado, los hijos nuestros ya viven en La Laguna».

Eufemia, como otras personas de esta zona, motiva a sus hijos e hijas a estudiar, a ir a la universidad, en general, «a buscar un futuro mejor».



Pero estos consejos esconden un conflicto, el del amor profundo a la tierra en la que nacieron, las cumbres de Anaga que poco a poco se va despoblando, dejando en el recuerdo lo duro que fue muchas veces la vida en estos entornos rurales. Ahí queda la gran incertidumbre de cómo será el futuro de Anaga dentro de unos años. *«El futuro de Anaga es complicado, cada vez queda menos gente, y la juventud no quiere vivir aquí. No lo sé».*







Susana María Díaz Pérez, 62 años.

GRACIA | DEDICACIÓN: REPONEDORA DE QUESOS

Susana muestra orgullosa su barrio, la primera anécdota que comenta es acerca de una mujer que fue fundamental para la historia de Gracia, Clemencia Hardisson:

«Clemencia Hardisson era la apoderada de aquí y tenía montón de terrenos y los regalaba a la gente de aquí, casi todo el mundo tiene casa aquí por ella [...]. Mi padre siempre decía que había pagado como 5 pesetas para esto de las escrituras. Esto era todo regalado por ella».

Así fue como la familia de Susana pudo construir su casa, la que tiene todavía hoy. Ella recuerda los campos de Gracia, calles de tierra, cómo estudiaban en casa de doña Maruca porque el colegio lo pusieron tarde, el agua en la arquilla y el chorro de Gracia, al que señala con la mano, enfrente de la casa de Nicolás Estévanez.

«Me crie libre, pues no es como ahora que con los niños más cuidados, era una época más tranquila».

Cuando tenía 11 años, Susana decidió que no quería estudiar, entonces su padre le dijo que tenía que trabajar. Su primer trabajo fue de los 11 a los 18 años en Wehbe, popular tienda de moda de Canarias. Más tarde, decidió estudiar y sacó el título de auxiliar de clínica, pero sobre todo trabajó como reponedora de quesos Maxorata en grandes superficies. Ella se llama como su madre Susana, aunque en realidad se llamaba Elena.



«Mi madre en realidad no se llamaba Susana, en el barrio todo el mundo la conocía por Elena. Ella se iba a llamar Elena como su madre, pero como antiguamente te apuntaban en una caja de cigarros o de fósforos, y como después pues esa caja la tirarían y no se acordaban del nombre y entonces, le pusieron Susana».

Ahora Susana suele estar en el centro ciudadano de Gracia asistiendo a clases de teatro... *«Ahora activa porque en casa no vale la pena quedarse».*





Cristina Concepción Martínez Rodríguez (Conchi), 54 años

BEJÍA | DEDICACIÓN: DIRECTORA COMERCIAL

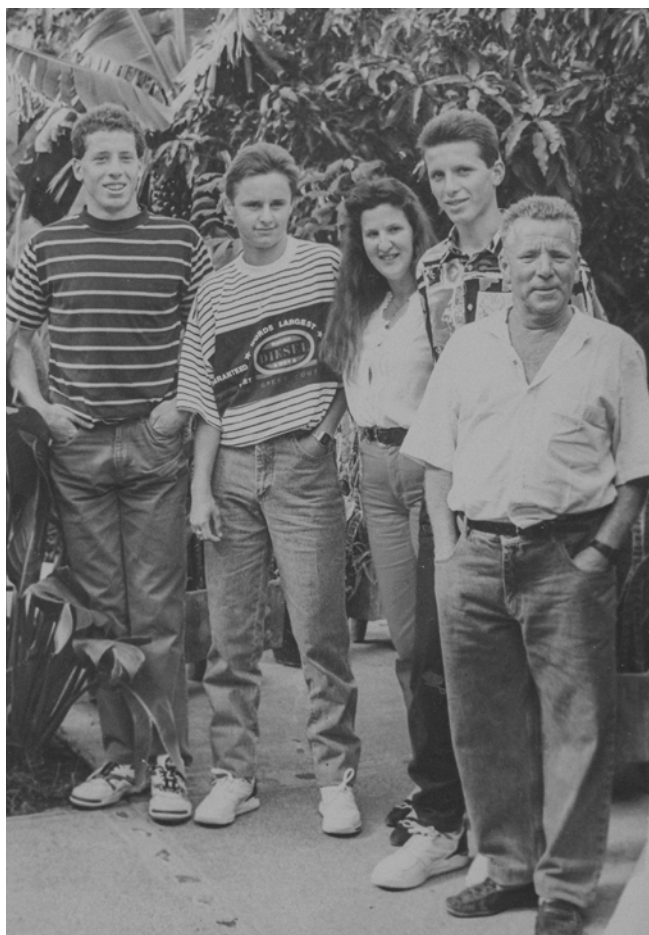
Mujer firme, decidida y siempre independiente. Nació en Bejía, Anaga, en el año 1968. Con 9 años ya trabajaba, con 14 limpiaba una casa en La Laguna y con 17 —tan pronto— se casó. Siendo joven tuvo un niño y una niña. Crio a sus bebés y durante mucho tiempo se mantuvo paciente y obediente hasta que su descendencia creció lo suficiente, y ella pudo volver a trabajar. La primera salida para la mujer de Anaga era limpiar en casas, la segunda, si tenías suerte, trabajar para una empresa. Ella muy pronto llegó a la segunda opción.

«Para trabajar en un almacén, fui a la entrevista, me dijo: “Oye, necesito a un chico”, yo le dije: “¿Y qué hace un hombre que no pueda hacer una mujer? Yo tengo 2 hijos que sacar adelante y a mí no se me caen los anillos”. Y dice: “Vale, pues vamos a darte una oportunidad...” Estuve trabajando con él 8 años».

Conchi consiguió comprarse su casa en Punta del Hidalgo, divorciada y tranquila, todavía riega sus tierras en Bejía, además es feliz y se siente muy orgullosa de lo que consiguió. Fue poco a poco, sin dudar, como quien tiene la certeza de que las cosas pueden ser de otra manera, y, además, mejor, ¿por qué no? *«Siempre he sido una rebelde, no me gustaba lo que veía».*

«Al final me hice técnica de pintura para coches, con 14 hombres a mi cargo, y viajaba por toda la península pintando coches. Iba a todos lados a probar los productos, yo todo eso lo hacía, una semana en la península, me encantaba».







Mercedes Morales Álvarez, 54 años.

EL ORTIGAL | DEDICACIÓN: PROPIETARIA DE UN ALOJAMIENTO RURAL

Mercedes nació en Venezuela, hija de padre tinerfeño y madre venezolana con raíces indígenas. Criada a base de un sentimiento de identidad canario forjado desde el plato de gofio *La Lucha*, las recetas, la música, etc. La presencia constante de una isla que solo existe en los recuerdos de quienes la conocieron y en el deseo de volver que tienen en común la mayor parte de las personas emigrantes. Todo eso, tan lejos, solo hizo crecer las ganas de Mercedes de marcharse a vivir a Canarias.

Así lo hizo con solo 15 años, primero llegó ella, más tarde su padre y su madre. Heredaron las fincas del abuelo, tierras bajas de Aguamansa, con manzanas reinetas, castañeros, papas variadas, y hasta un molino de gofio, tenían 120 000 metros. El amor a la tierra, la inspiración del cultivo tradicional y natural motivan a Mercedes a inaugurar *Shalom*, que significa paz, un alojamiento rural con ganas de convertirse en mucho más.

«La idea de aquí es tener el huerto, gallinas, que todo salga de aquí, no depender de fuera, también que vengan niños, colegios, para poder enseñar, ¡para que no se pierda! Nos podemos mezclar con cualquier raza, con cualquier país pero no perder los orígenes, yo sigo apostando por el origen canario, cien por cien».

La vida de Mercedes es el ejemplo de muchas personas retornadas de Venezuela, de Cuba... que nos recuerda el deseo natural de las personas a evolucionar para mejorar sus propias vidas y las de sus familias. Y también le ha costado, dice que en ocasiones se da un trato diferente a quien viene de fuera, y sueña con un mundo en que la diferencia solo nos recuerde que todas las personas somos iguales.







Carmen Mercedes Pérez Ledesma (Mency), 52 años

LOS RODEOS | DEDICACIÓN: ADMINISTRATIVA

Mency se crio entre vacas, cochinos, huertas y tierra y, tal vez, es por eso que le gusta tanto el campo. Siempre la acompañó el sueño de vivir en una casa o una cueva con una cabra y lechugas. Ese sueño, en torno a sus 18 años, no era compartido por la gente de su clase en la universidad, no lo entendían. Eran tiempos donde era difícil encontrar a alguien cuya aspiración fuera vivir de la tierra o que apreciara las tareas del campo, pero no era así para Mency.

Después, la vida y sus vueltas, tuvo un grave accidente que le afectó a las dos manos y la obligó a dejar sus estudios de Bellas Artes. Terminó trabajando, y todavía hoy sigue haciéndolo, como auxiliar administrativa. Tiene 51 años, mantiene la finquita familiar en el Rodeo, y pronto, por fin, cumplirá su sueño, el de la casa y las cabras.

Para Mency lo más natural es amar la tierra y defenderla, de hecho, actualmente es activista defensora de los proyectos que afectan a las fincas, a las tierras de personas de su barrio y de esta isla.

«Sí, es importante la pertenencia, a un equipo, un lugar, una familia, y la tierra te da arraigo, te da la serenidad, la tranquilidad de que aquello que tú cuidas va a crecer, te va a responder, ¿sabes?, y me emociono... a mí me da eso...».







María del Pilar González Rodríguez, 51 años.

GUAMASA | DEDICACIÓN: AGENTE DE DESARROLLO LOCAL

Guamasa fue partida por la mitad cuando construyeron la autopista. Se conecta de lado a lado por pocos puentes y algunos túneles subterráneos. Uno de esos túneles separa lo que llaman la Cruz Chica de la plaza y, en medio, el Paseo de las Acacias. Así lo muestra Pilar, guamasera de nacimiento, que dice: «¡Mira!, las casas de los jornaleros». También señala las casas donde vivía el campesinado, esas típicas terreras con rosas rojas en las puertas, viviendas bajas con un máximo de 2 plantas. Construcciones parecidas para familias parecidas, gente trabajadora, agricultora, con niños y niñas iguales, una infancia campesina que juega con la tierra, anda en bicicleta y va en pandilla a la escuela. Pilar ama la tierra...

«La tierra que te da de comer, la de la belleza. Hay pocas cosas que son más bonitas que un árbol, que una floración, hay poquísimas cosas, y si lo son te cansan. Nosotros estamos programados, porque somos parte de la naturaleza, para que nos satisfaga ver más un árbol que ver un mismo cuadro [...]. No es solo lo que te da de comer, es todo, es la cultura de la calma».

Pilar no fue campesina, pero siempre se mantuvo cerca a la realidad de la gente de la tierra... escuchando sus problemas, recogiendo sus quejas, y aprendiendo sus recetas. Con esa sensibilidad, hoy ejerce como agente de desarrollo local y rural, así como de dinamizadora de investigación-acción participativa. En su labor, lo más importante es mostrar una mirada fija y una escucha activa, con el objetivo de crear redes donde se escuchen todas las voces. Ella es Pilar, la encontrarás en Guamasa en la casa de siempre, pasando el puente.

«Yo soy una aspirante a campesina, [...] tengo como una deuda, por eso también me he involucrado en trabajar el mundo rural desde otros espacios, a lo mejor donde puedo aportar más. Porque no soy tan buena campesina como quisiera».







María Candelaria Rodríguez Suarez, 51 años.

LA VEGA LAGUNERA | DEDICACIÓN: PRESIDENTA DE LA SOCIEDAD
COOPERATIVA DEL CAMPO LA CANDELARIA

Mujer coherente, defensora de la tierra, de su propia cultura y de sus tradiciones, de la identidad y, también, de la soberanía alimentaria. Candelaria es la presidenta de la Cooperativa del Campo La Candelaria, y habla de ella como quien hace de su trabajo su misión de vida.

«Mi filosofía es atender tanto a los productores ganaderos como agricultores, y fomentar el comercio del producto local, kilómetro cero [...] que sean viables sus explotaciones porque eso es lo que les invita a seguir trabajando. Ahora estamos pasando una situación muy, muy complicada y es que las grandes superficies son las que asfixian marcando los precios de venta de los productos, entonces, al final, el ganadero no tiene un pago justo por su trabajo».

Mucho antes de llegar a este puesto fue niña, criada en las faldas de la Mesa Mota, hija de una familia que se dedicaba a la agricultura y a la ganadería.

«Antes, el ser un hijo de un agricultor o un ganadero era mal mirado, las burlas... Lo que vivían antes los niños hijos de agricultores y ganaderos nada tiene que ver... Yo creo que estaba mal valorado, ahora está mejor visto de lo que era en aquella época. Antes el que no tenga estudios va pa la agricultura o la ganadería, hoy es impensable».

La actitud frente a la burla dependía de la autoestima que se tuviera y, la verdad, que eso también se enseña y se aprende, depende en gran medida de cómo te hacían sentir en tu entorno más cercano.



«No me dejaba avasallar, a veces dolía porque las palabras los niños a veces hieren, ¿no? Pero como yo hacía lo que quería, pues bueno, a veces les hacía más caso y otras menos, pero yo intentaba, digamos, alardear de esos buenos ejemplares que teníamos, de esa forma de trabajar, que las demás, incluso las niñas se sentían atraídas y me decían: “¡Ay!, ¿pero como haces tú esto?”, entonces ya te sientes orgullosa».

Candelaria llevaba con orgullo las vacas para lucirlas en la romería. Esa era una actividad habitual solo de los hombres, pero su padre, que no las crio en la diferencia, apoyó su honor de mostrar públicamente sus animales. Incluso, la defendió frente a su tío que se oponía.

«Y esa, digamos, forma de ver al agricultor y al ganadero de esa persona bruta, machista que... no es así, tú no podías hacer algo que no estuviera bien visto, y no, mi padre nos decía: “Si lo puedes hacer, ¡lo haces!”».





Iballa González

González, 41 años.

GENETO | DEDICACIÓN: AGRICULTORA Y TÉCNICA AGRÍCOLA

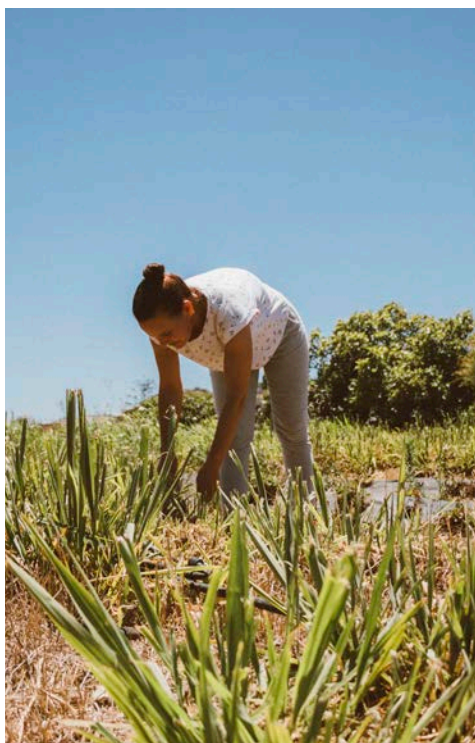
Iballa tenía una tienda de productos ecológicos. La mayoría producidos con sus propias manos en sus huertas de Geneto. Ella es ingeniera técnica agrícola especializada en agroecología. El amor a la tierra, y las ganas de vivir de sus frutos, lo hereda de su abuela. La llamaban «la Patrona», una mujer de carácter fuerte, terrateniente, con las ideas muy claras y, además, independiente. Su abuela se divorció de su abuelo cuando todavía tenía niños pequeños, sobrevivió vendiendo claveles cultivados en su propia tierra. Tierra transmitida al linaje femenino de la que Iballa es ahora guardiana, para nunca vender como así quiso su abuela.

«Mi abuela tenía una frase que era... “¡Es rico quien tiene tierra!”, y esa frase, pasan los años, yo creo que va cogiendo más fuerza y sentido».

Puede ser tal vez por este vínculo sanguíneo que Iballa no imagina su vida sin estar en contacto con la naturaleza, pero también conoce lo hermoso y lo duro de este destino. Ella reivindica la importancia del sector agrícola, esta digna profesión, pero sobre todo la esperanza de dignificación para las personas trabajadoras de la tierra.

«Es innegable que estamos ante un cambio climático brutal, [...] después también es un negocio, es muy bonito pero no deja de ser un negocio, dependes un poco de cómo lo hagas, tienes que hacer un buen trabajo pero también... ¡Nos ponen un gran supermercado aquí al lado! [...]. ¿Cómo compites tú con esos precios? [...]. Pero yo no puedo competir, una caja de pepinos frente a un contenedor..., entonces ahí, ¿cómo rebajas tú con esos precios? Entonces... Es complicado...».

Debido a su experiencia Iballa ahora combina el cultivo de la finca con la docencia como formadora de agricultura ecológica. Buscando aumentar la rentabilidad que le da el trabajo agrícola, poco valorado muchas veces.



«A lo mejor queda un poco ridículo, pero al final, lo que estás haciendo es que, de la nada, sale alimento. [...] Realmente nos llamamos los magos y las magas, ¿no? y es que en cierta manera te lo dicen en tono despectivo, pero es que al final es un poco cierto, es decir, que sacas de una semillita, la cuidas, y ¡sacas el alimento a las personas!, entonces, al final estás haciendo un poco de magia, y entonces no sé, eso al final engancha, engancha».





Melania Báez Peña, 34 años.

VALLE TABARES | DEDICACIÓN: FUNCIONARIA EN EL REGISTRO MERCANTIL

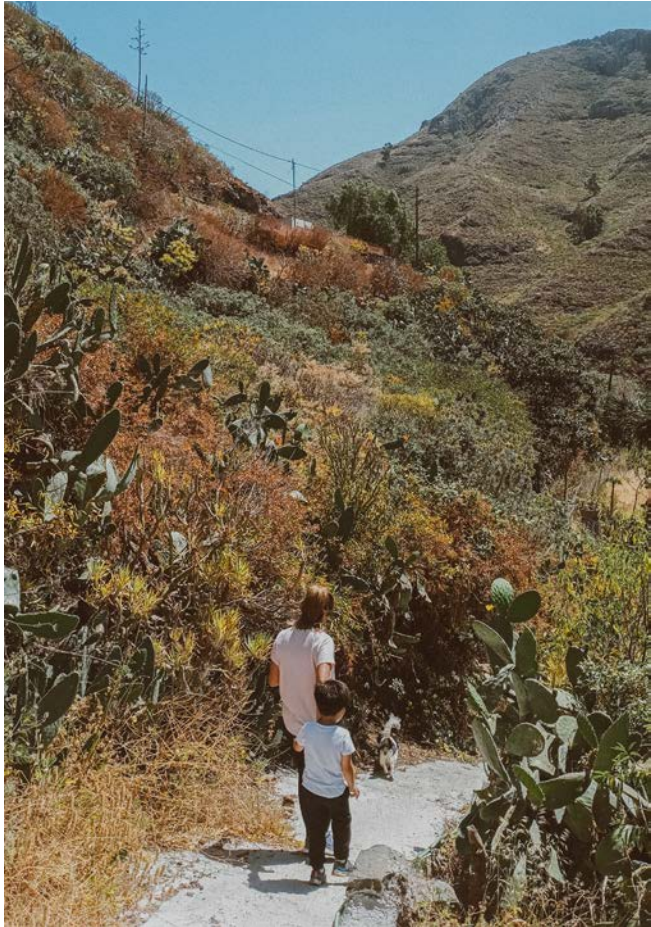
Melania tuvo claro desde pequeña que conseguiría comprar la casa de su abuela. Su lugar favorito de niña se convirtió en el lugar donde vive ahora. Además, se prometió que la casa seguiría siendo el lugar de encuentro familiar. Y así es, su padre pasa de visita todos los días, cuida la huerta, limpia los perros, o se toma un café.

Ella dará con su hijo los mismos paseos que ella hacía de pequeña. Llevándolo de la mano, caminando, atravesando la montaña, recuperando las veredas, hasta llegar al barrio de El Bronco. En su infancia, ella junto a sus hermanos, hacían el mismo camino pero al contrario. Vivían en el centro de La Laguna y, cuando salían del colegio, iban caminando hasta Valle Tabares, por el recorrido que pasa por El Bronco, hasta la casa de su abuelo y de su abuela. Era la lagunera la que iba a la montaña, dice que la llamaban «la Lagunera» y que era un poco en tono despectivo, como que venía la *pija*, comenta entre risas.

Melania cumplió el sueño de vivir en la montaña para sembrar, cosechar, y enseñarle a su hijo a plantar papas y coger plátanos de la platanera. Aunque tiene su puesto fijo en una oficina de Santa Cruz, ya no imagina su vida viviendo en la ciudad. No puede estar mucho tiempo sin la huerta, sin los pájaros, sin el silencio. Nacida para amar a la tierra que le enseñaron a querer las personas mayores de su familia.

«Si un día me tocara la lotería, me compraría 3 cabras, ¡tampoco muchas! —risas—. Dejaría mi trabajo fijo, y me quedaría a vivir tranquilita en mi casa, para sembrar, cuidar los animales, hacer queso... caminar por el monte con mi hijo. A mí, me encanta».









SAN CRISTÓBAL DE
LA LAGUNA



LA LAGUNA
RURAL Y PESQUERA